

Los Naturalistas Antioqueños

Por Emilio Robledo

(Hace pocos meses falleció el Bogotá, cuando cumplía una eminente faena cultural, el doctor Robledo. Relievar su vida y su obra no hace falta. Su prolongada tarea científica y literaria, que abarcó muchos campos y un persistente empeño estudioso y de divulgación, se traducen en numerosas obras y en un acopio de ensayos que llenaron muchas páginas de las publicaciones nacionales y extranjeras. Esta Revista se honró siempre con sus colaboraciones y por ella mantuvo una leal y cordial devoción que no podremos olvidar. Para testimoniar nuestro aprecio publicamos hoy un estudio suyo sobre los naturalistas antioqueños, en donde no figura él que fue de los más ilustres, y que fue incluido hace lustros en la obra "El Pueblo Antioqueño").

Las llamadas ciencias naturales son las que se refieren a los tres reinos de la naturaleza, que hoy se conocen con el nombre de biología o ciencias de la vida; y el grupo de conocimientos que se relacionan con el mundo mineral y, por consiguiente, con la tierra misma: es el cotejo de la geología con el estudio de la biosfera y la litosfera, y las investigaciones acerca de la petrografía y la paleontología, etc. A más de ésto, después de las fecundas investigaciones de Pasteur, la rama de la bacteriología constituye una ciencia aparte digna del mayor interés, lo mismo que la parasitología ha venido a ser una prolongación de las ciencias biológicas. Por consiguiente, he de referirme en esta disertación no solamente a aquellos de nuestros compañeros antioqueños que han cultivado la botánica y la zoología, sino también a los que se han ocupado en el estudio de la bacteriología, la parasitología y la entomología, y asimismo a los que han hecho el objeto de sus investigaciones a la ciencia que enseña la constitución de la tierra y sus misteriosos fenómenos.

Mas antes de ocuparme de los antioqueños que han cultivado estas bellas disciplinas, permitidme que dedique siquiera unos breves instantes a tratar acerca del legado que nos dejó el indígena americano

en punto de plantas y animales. Qué participación tuvieron en ello los Catíos, Nutabas y Tahamíes; los Quimbayas, Pozos, Paucuras, Picaras, Armados, Pirsas, Ansermas, Apías, Caramantas y demás cacicazgos de que hervía la tierra descubierta y poblada por don Jorge Robledo y que por una rara coincidencia étnica, se halla hoy ocupada uniformemente por los sucesores del infortunado Mariscal? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Pero sí sabemos por las narraciones de historiadores y cronistas y por el estudio de las sepulturas, que poseían una variada agricultura y habían domesticado plantas y animales que utilizaban en sus diarios menesteres.

El hombre americano, sea cual fuere su patria de origen, emigró a este continente en una época remotísima, quizá en el período paleolítico, cuando todavía llevaba una existencia nómada y no conocía la agricultura. Esto se deduce lógicamente del hecho de que ninguno de los animales domésticos ni tampoco ninguna de las plantas cultivadas fueron conocidos en Asia ni Europa antes del descubrimiento hecho por Colón en 1492. Y a la inversa: los americanos no conocían los animales y plantas domésticos de Eurasia. Si los americanos y eurasiáticos hubieran sido influidos recíprocamente en punto de plantas y animales, es obvio que habrían transmitido el precioso legado, porque el hombre no emigra como las aves, sino propagándose y, por consiguiente, llevando consigo todo lo que ha menester para su confortación y alimento. Tal es lo que se ha observado, así en lo referente a los tiempos más remotos como en aquellos que caen bajo el dominio de la historia.

En el grupo de las plantas alimenticias se destaca "el jefe altanero de la espigada tribu", a cuya existencia y universal cultivo se halla vinculada la civilización del Nuevo Mundo, desde San Lorenzo hasta la Tierra del Fuego, ya que el maíz y el hombre son inseparables en América, desde los tiempos prehistóricos, y sin él probablemente habría sido punto menos que imposible la conquista o a lo menos se habría dificultado inmensamente. Compañeros del maíz y de cultivo casi tan extenso como el suyo son: el solano (**Solanum tuberosum**) y los frisoles (**Phaseolus**) o porotos, cuyo poder alimenticio es muy superior a sus congéneres europeos. La batata o camote (**Convolvulus**) y los ajíes o pimientos (**Capsicum**).

Cultivadas por el indio fueron el maní o cacahuete (**Arachis**), la calabaza (**Lagenaria**), al quinua o quino, como lo llama Cieza, cuyo uso estaba muy generalizado en los altiplanos donde el maíz se producía difícilmente; la yuca (**Manihot**), de donde extraían el casabe; la arracacha (**Arracacia**), que aun no se ha aclimatado en las zonas templadas; la ahuyama (**Cucurbita**), la cidrayota o chayota (**Sechium**), el sagú (**Maranta**), el pepino y el tomate (**Solanum** y **Licopersicum**), el ulluco o melloco (**Ullucus**), cuyo nombre nos recuerda a Caldas que lo clasificó; el aguacate (**Persea**), cultivado desde tiempo inmemorial y hallado también desde México hasta la tierra de los Araucanos. Los cubios (**Tropaeolum**), llamados ña por los quechuas y que los monarcas incas hacían ensilar para darlos a los ejércitos en campaña a fin de mantenerlos al buen recaudo contra los efectos de las libídine; la achira (**Canna**), el anacardio.

Como alimento dinamógeno por excelencia tenían la coca (**Erythroxyton**), llamada huho por los tahamíes y cuerquias antioqueños y vaho por otras tribus del territorio colombiano. Su uso era general y obedecía a las mismas leyes: lo atribuían a origen divino y solo era permitido a los hombres. Sabían que para la asimilación perfecta de la hoja había que agregarle cal en alguna forma; de ahí el que la mezclaran con potasa, con polvo de huesos o con cal apagada. Esta sustancia era para los naturales una promesa de vida para el moribundo, un viático incomparable para el viajero, cuya hambre engañaba, un cordial para levantar las fuerzas y calentar los miembros ateridos por el frío de las nieves y los hielos, una fuente de olvido para el hombre embriagado de pesar y fuente de placer para las caricias del amor.

Matienzo nos dice que la coca de la ciudad de Antioquia era menuda y que en Anserma y Arma la reemplazaban con hojas de otros arbustos que aún no se han identificado. Los terrenos propios para su cultivo eran los húmedos y boscosos de las regiones cálidas y las hojas o el polvo los llevaban en calabacillos llamados **baprones** o en **chuspas** suspendidas del hombro por un cordel.

El cacao de México y nuestro cacao eran empleados no solo como dinamógenos sino como verdaderos alimentos; y el gran Linneo fue muy feliz al nombrarlos **Theobroma** que es decir, alimento de los dioses.

Para regalo del paladar el indio americano había seleccionado dos de los tres frutos considerados como los mejores del mundo, conviene a saber: la chirimoya (**Annona**) y la piña (**Ananasa**). De la primera se cuenta que el Barón de Humboldt la consideraba digna de hacer el viaje de Europa por gustarla. En la muy valiosa y poco conocida relación que escribió Robledo acerca de las condiciones de las tierras que él descubrió nos dice al hablar de la primitiva Cartago (región de Pereira), que “descienden de la sierra nevada muchos ríos pequeños, que van a dar a este río (Cauca) y pasan por estas provincias é granjerías é grandes arboledas de frutos”; y más adelante, al tratar de los indios de este valle de Aburrá, dice que “son grandes labradores é tienen mucha ropa é mucho de comer, así de carne como de frutos, porque tienen grandes arboledas y están en aquel valle que es muy ancho y vicioso”. De ahí el que se deleitaran con la ciruela americana (**Spondias**), muy superior a la europea; con el sapote, tanto el **Lucuma** como nuestro **Matisia**, que lleva el nombre del mejor pintor de plantas al decir de Humboldt, ambos capaces de satisfacer al gusto más refinado. El cezeo vernáculo (**Eurya cericea chrysophylla**) no es inferior al que introdujo Lúculo del Asia, cuyas sumidades floridas adornaban el carro del triunfador en su entrada a Roma y que al decir del historiador Ferrero es lo único que ha pervivido del Napoleón de aquel siglo. La granadilla, la curuba y la badea, bellas pasionarias llamadas así por llevar en sus verticilos órganos semejantes a los instrumentos de la pasión de Cristo Señor, “cuelgan de sus sarmientos trepadores / nectáreos globos y franjadas flores”; las guayabas de variadas especies llanaban el ambiente de sazónada ambrosía y las piñuelas (**Bromelia** y **Pitcairnia**) no solo formaban bellísimos setos sino que los refrescaban con sus ballas acidulas, al igual de la guanábana (**Annona muricata**).

La pitahaya (**Cereus**), es celebrada por el legionense lo mismo que la tuna (**Opuntia**): "...abren la cáscara que es gruesa —dice— y dentro hay carne y granillos como de higos, que tienen muy buen gusto, y son muy dulces, especialmente las blancas, que tienen cierto olor suave: las coloradas no son tan buenas de ordinario". La papaya (**Carica**), las guamas (**Inga**), las moras (**Rubus**), el mamey de tierra fría (**Bunchoisia**), el madroño (**Rehedia**), que tiene para nosotros el interés, además de su parte, de ser colombiano; el caimo verde (**Chrysophyllum**) y el sirpe (**Pourouma**), completaban la no escasa nómina de los frutales a los que debemos agregar las príncipes o palmeras que en muchas ocasiones fueron el único sustento de los recios conquistadores. Alguna de ellas, como la **Mauritia** o moriche, era llamada "árbol de la vida" por ser, cierto, el que los acorría con todos los productos indispensables para la subsistencia.

Es verdad que no tenían "la caña hermosa de dé a miel se acendra"; mas en cambio tenían los ricos panales de las abejas silvestres utilizados ampliamente por los naturales según lo aseveran los cronistas.

Si de los frutales pasamos a las plantas utilizadas para usos médicos, nuestra admiración es aun mayor. Enumeremos siquiera perfunctoriamente algunas de las principales especies que formaban la farmacopea indígena.

Se ha dicho, y se tiene por cosa cierta que los primeros jardines botánicos del mundo fueron los creados por el Senado de Padua en 1543 y por el de Pisa en 1546. Sin embargo, si damos crédito a los historiadores y cronistas primitivos de Indias y al médico de don Felipe segundo, Francisco Hernández, tenemos que convenir que mucho antes que los jardines nombrados, existían ya en América varios muy famosos. En efecto, Herrera nos dice, al tratar de Motezuma: "Tenía este rey allende de las cosas que se ha dicho, otras muchas de placer, con espaciosos y grandes jardines con sus calles dichas para el paseo: eran los jardines de solas yerbas medicinales, y olorosas, de flores, de rosas, de árboles de olor, que eran muchos, mandava a sus médicos hiciesen experiencias de aquellas yerbas, y cursasen a los caballeros de su corte, con las que más tuviesen conocidas y experimentadas. Davan estos jardines gran contento a los que entravan en ellos por la variedad de flores y rosas que tenían, y por la fragancia y buen olor que de sí echavan, especialmente por la mañana, y a la tarde, era de ver el artificio y delicadeza con que estaban hechos mil personajes de hojas, y flores, assientos, capillas, y otras cosas que adornavan por extremo aquel lugar".

El médico Hernández nombrado nos dice que en Tetxcotzincó pudo coleccionar unas tres mil plantas que utilizó para escribir su obra **Rerum Medicarum Novae Hispaniae Thesaurus**. Verdad que parece algo fantástico? Pues debe saberse que dicho jardín no era el único, ya que Bernal Díaz del Castillo nos refiere en periodos emocionados las excelencias de las colecciones de plantas del jardín de Tenochitlán, no siendo menos explícito don Antonio de Solís cuando nos relata que "tenían yerbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componían sus remedios y lograban admirables efectos, hi-

jos de la experiencia. Repartíanse —continúa el mismo historiador— francamente de los jardines del rey todas las yerbas salutíferas que recetaban los médicos o que pedían los dolientes y solían preguntar si aprovechaban, hallando vanidad en sus medicinas o persuadidos de que cumplían una obligación de gobierno considerando así de la salud de sus vasallos”.

Fue así como la medicina indígena pudo brindarnos con la quina (**Cinchona**), la ipecacuana (**Coephelis**, **Uragoga**, etc.), la simaruba (**Simaruba**), la cuasia (**Quasia**), la copaiba (**Copaifera**), la polígala (**Polygala**) la guarana (**Paullinia**), el bálsamo del Tolú y del Perú (**Myroxylon**), las aristoloquias o contracapitanas, el guaco (**Mikania**), tan celebradas como alexitéricas, la última de las cuales sirvió a Mutis para practicar en Mariquita la emocionante experimentación de la morderura de una serpiente venenosa hecha a Matiz, el pintor, para comprobar los efectos curativos de que se hacía responsable el negro Pío. La jalapa (**Convolvulus**), la zarzaparrilla (**Smilax**), la ratania (**Krameria**), el agave (**Agave**), el tabaco (**Nicotiana**), los ficus, empleados como vermífugos, y mil más tan admirablemente aprovechados por los médicos indígenas, que el propio Hernán Cortés, curado por los herbolarios trascaltecas de la herida que recibió en Otumba, decía al Emperador en una de sus relaciones de 1542 que no había para que dejar “pasar médicos a Nueva España pues los naturales bastaban”. En lo que no andaba muy trascordado el conquistador, pues si comparamos los sistemas indígenas con los empleados por los médicos de la colonia, aquellos les podían dar quince y raya.

Para badulaques o afeites empleaban el achote (**Bixa**), al cual llamaban también bija, anoto y urucu. Mas no se crea que los naturales se embijaban con el sólo propósito de inspirar terror en los lances de la guerra; lo hacían principalmente para evitar la picadura de los mosquitos y la acción química de los rayos solares. Es el P. Gumilla quien nos dice que: “no sólo no les pueden picar los mosquitos, sino que mueren, sin poderse despegar de la tal untura. Fuera de esto —continúa— como el achote es muy frío de suyo, aquella untura los alivia mucho contra los rayos del sol y calor casi intolerable” y agrega que para trabajar o bogar “piden licencia para untarse, por las dos utilidades que llevo referidas”. Y los estudios modernos acerca de las propiedades farmacodinámicas de esta bixácea, están conformes en afirmar que disminuye los efectos de las radiaciones ultravioletadas e infrarrojas.

Además del achote empleaban como cosmético y para teñirse el cuerpo, la chica (**Bignonia**). El señor Triana nos dice que preparaban dicha planta recogiendo las hojas al enrojarse o en su madurez, y poniéndolas a secar; luego las ponían en una especie de baño de maría y cuando el agua estaba coloreada le agregaban fragmentos de corteza de arrayán (**Myrcia**), que pone rojo el almidón del parénquima, el cual se decanta. Esta sustancia les servía para enrojarse todo el cuerpo; y para los tonos azules que le ponían y que aun acostumbra muchas tribus, se servían del fruto de la jagua o **Genipa americana**. De la chica se servían asimismo para la tinción de los maures o parumas, mantas, hamacas y mochilas; mas como la pintura suele alterarse al aire húmedo y a la luz, la hacían permanente combinándola con barnices

de diversa procedencia, como el que se extrae del llamado lacre, árbol de cera o barniz de Pasto (**Elaegia útilis**), de la familia de las Rubiáceas.

Como vulnerarios empleaban el caucho (**Castilloa**), la caraña (**Protium**), los bálsamos ya nombrados, el otobero (**Dialyanthera**), etc.

Para textiles, el algodón de la mejor calidad (**Gossypium barbadense**) “desplegaba al aura leve, las rosas de oro y el vellón de nieve”; la cabuya o motua (**Fourcroya**) les ofrecía resistentes fibras, y la pita (**Bromelia**) les brindaba con hilos famosos por su tenacidad y finura.

Sería para mí tarea gratisísima continuar enumerando las plantas que utilizó el aborigen americano, pero sería abusar de vuestra atención benévola y lo dicho basta a mi propósito que no ha sido otro que el de patentizar ante vosotros las habilidades que tuvieron los geopónicos autóctonos para escoger las plantas más promisorias en la enmarañada urdimbre de la selva; para capturarlas, domarlas y hacerlas servir lentamente a sus propósitos. Nuestra admiración es tanto mayor si consideramos que en lo que llevamos de historia americana, ninguna planta alimenticia se ha agregado al patrimonio recibido de los aborígenes. Se ha acrecentado, cierto, la producción y se han mejorado las plantas domesticadas por aquéllos; pero debemos reconocer que desde el punto de vista estrictamente agrícola, hemos retrocedido de la posición de los americanos de hace ya varios miles de años.

Del mundo animal habían domesticado los curies (**Cavia**), cusumbos (**Nasua**), perros de monte que no ladran, por lo que los cronistas los llaman perros mudos (**Cercoleptes**); venados (**Mazoma**, **Cervus**), la llama o guanaco, la vicuña y la alpaca (**Auchemia**), el coyote de México (**Canis latrans**), el Aguara del Paraguay, el **Canis thous** de Chile, loros (**Psitacus**), guacamayas (**Ara**), paujés (**Crax**), pavas (**Penelope**).

Tal fue, bosquejada a grandes rasgos, lo que pudiéramos llamar la obra del indio naturalista; tal fue lo que hallaron los descubridores del Nuevo Mundo.

Durante el período colonial, el antioqueño hallóse en plena formación, aislado del resto del Virreinato y llevando una vida vegetativa. Uno que otro, impulsado por incontenible vocación, íbase a Santafé de Bogotá, a Popayán y muy rara vez al exterior (Quito), a España, a seguir una carrera en la que a menudo sobresalía si damos crédito al historiador Fernández Piedrahíta, quien nos asegura que “si se requieren letras, podrán testificar las escuelas del Nuevo Reino y Quito, que los criollos de Antioquia, Cáceres y Zaragoza acreditan siempre haber sido criados en minerales de oro; y si este metal es el que realza prendas tan relevantes, a muy pocos ha desamparado la fortuna en esta parte”.

Pero en las postrimerías del siglo XVIII ya Mutis había ejercido su bienhechora influencia en nuestro país. El primer antioqueño que aprovechó aquellas primicias fue don Francisco Antonio Zea, nacido en Medellín, el 23 de noviembre de 1766 y educado en Popayán al

lado del Dr. Félix Restrepo. En aquella ciudad cursó filosofía y humanidades clásicas hasta los 15 años; pasó a Bogotá y completó su educación en el Colegio de San Bartolomé con tan señalado brillo que cuando apenas frisaba con los 19 años ya era profesor de latín. De labios de Mutis aprendió ciencias naturales y fue tan excelente su provecho, que el propio jefe de la Expedición Botánica lo escogió para suceder al doctor Eloy Valenzuela en el cargo de "Agregado para la parte científica" de la Expedición; y el Virrey mismo le nombró preceptor de sus hijos. Interín, y a fuer de mozo inquieto y desasosegado hacía circular su **Hebefilo**, periódico en el que invitaba a los jóvenes a dar de mano al peripapato y al escolasticismo y a echarse en brazos de los estudios de la naturaleza. En 1794 fue hecho prisionero junto con Nariño, Cabal, Sinforoso Mutis y otros, sindicado de haber participado en la traducción de **Los Derechos del Hombre**. Conducido a las prisiones de Cádiz, al cabo de dos años logró conseguir su libertad; y eran tan sobresalientes sus dotes intelectuales y tan persuasivo su trato, que a despecho y pesar de las preocupaciones y desconfianzas del gobierno español, la Corte le confió una misión científica en Francia donde se dio por entero al estudio de las ciencias. De regreso en Madrid, en 1804, fue nombrado Director del Jardín Botánico, y en 1805 inauguró sus trabajos de cátedra con un discurso lleno de bellas imágenes y de conceptos grandilocuentes, que fue muy celebrado y lo merece en verdad. El gobierno publicó dicho pieza con el título siguiente: **"Discurso acerca del mérito y utilidad de la Botánica, leído en el Real Jardín el 17 de abril para dar principio a las lecciones públicas, por don Francisco Antonio Zea, Jefe y primer profesor del mismo Real establecimiento, miembro de la Sociedad Médica de Emulación, de la Filomática, de la Farmacia, de la de los Observadores del Hombre, de las Ciencias, Artes y Amena Literatura... de París"**.

Al tratar de cómo han sido desaprovechadas por el hombre moderno las excelencias de las plantas por ignorar la botánica, dice, entre otras cosas lo siguiente: "... Y para qué hemos de recurrir a los remotos siglos, cuando el nuevo continente nos ofrece recientes e incontestables pruebas de las pérdidas que ha hecho el género humano de mil preciosas producciones, por falta de esta misma botánica, que se suele despreciar?... Porque esos descubrimientos, debidos siempre a las tribus silvestres, no se hacen sino a fuerza de sacrificios de hombres, probando el veneno y la muerte en la desesperación del hambre o el dolor, para hallar a la suerte el alimento y la vida. Y cuando no se sacase de la botánica más utilidad que conservar eternamente las importantes conquistas que ha hecho el género humano al precio de tanta sangre, no sería este un bien inestimable?..."

El señor Suárez, refiriéndose a este discurso, dice: "La forma, florida como lo fue siempre su estilo, se contiene en los límites de lo verosímil y concuerda con el asunto, que espontáneamente se presta a la donosura y al adorno". Y agrega que dicha composición tiene trozos comparables a las clásicas oraciones de Jovellanos.

No siendo mi propósito hacer biografías completas de los personajes que han cultivado las ciencias naturales entre nosotros, sino puntualizar los trabajos relacionados con el tema de esta disertación,

me abstengo de todo lo que mira a la participación de Zea en la independencia, al lado del Libertador, así como también lo referente a su misión diplomática en Europa, tan combatida a veces con sobra de injusticia.

En 1821 publicó una “**Memoria sobre las quinas de las Nueva Granada**” en que reivindica para Mutis la prioridad en el descubrimiento de la preciosa corteza entre nosotros, como ya lo había hecho él mismo en su día y lo había confirmado Humboldt. Los estudios posteriores hechos por el señor Triana a la luz de los documentos de la Expedición Botánica revisados por él en Madrid, salen por los fueros del señor López Ruiz, desconocidos por el Gobierno de España cuando se suscitó la polémica. En 1822 trazó el plan y dirigió la publicación de la obra titulada “**Colombia**”, en la que se leen varios documentos suyos pero de escaso mérito científico; los más son de la pluma del Barón de Humboldt y de otros naturalistas coetáneos.

El doctor Liborio Zerda fue quien asentó erróneamente el concepto de que el género **Zea** había sido creado en honor de nuestro compatriota. Posada Arango y Suárez y otros han corregido el yerro, pues cuando el inmortal Linneo creó aquel género para darlo al maíz, Zea no había aun nacido. Sin embargo de todo esto, parece que el error tiende a perpetuarse, si nos atenemos al alto relieve que adorna la estatua erigida a nuestro ilustre conterráneo en la plaza de Medellín que lleva su nombre.

Alejado de Antioquia desde su niñez, y no habiendo regresado al hogar, Zea no influyó en los estudios que le fueron tan caros en lo que hace a su tierra nativa, si bien el esplendor de su reputación y la fama de su nombre fueron estímulo de sus contemporáneos, pues fue uno de los artífices de la república.

En medio de las mil contrariedades de que fue objeto con ocasión de sus gestiones diplomáticas, la solidez de la gloria que había alcanzado en las letras le mereció los más elocuentes rasgos de admiración y justo tributo, como se comprueba con la siguiente nota del periódico francés contemporáneo el “**Drapeau Blanc**”: “. . . Pero a pesar de todo —dice— no confundamos con el diplomático republicano aquel ilustre sabio, aquel literato distinguido, aquel hombre tan digno de la estimación universal por lo vasto de sus conocimientos, como por la amenidad de su trato, la suavidad de sus modales y la brillantez de su ingenio”.

Murió en Bath, el 22 de noviembre de 1822. Su biografía ha sido escrita por los distinguidos colombianos Liborio Zerda, Felipe Pérez, José M. Vergara y Vergara, Marco Fidel Suárez y Tomás Cadavid Restrepo.

Más grave y reportado, pero no menos ilustre fue don José Manuel Restrepo, nacido en Envigado el 31 de diciembre de 1781 y educado primero al lado de sus parientes los doctores de la Calle y más tarde en Bogotá, en el Colegio de San Bartolomé, donde se doctoró de abogado, Durante su permanencia en Bogotá, siguió las lecciones de Mutis con tan señalado provecho que cuando regresó a Antioquia, en

1807, levantó la primera carta de la provincia determinando con exactitud las latitudes de los principales puntos, carta en que figuraban además las minas, canteras, bosques, prados, ríos navegables y otras circunstancias más. En ese mismo año y en el siguiente, recorriendo el territorio de la provincia “formó un herbario con sus correspondientes descripciones, selecto aunque poco numeroso”; y en 1809 publicó en el **Semanario de la Nueva Granada** su “**Ensayo sobre la Geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada**”.

En este Ensayo resaltan a par de la observación más aguda, las reflexiones más sesudas acerca de los sistemas que los antioqueños debían emplear a fin de salir de la rutina en que vivían y entrar con paso firme por la vía del progreso verdadero. Asimismo se advierte en dicha Memoria cómo el contacto con la naturaleza y la lectura de expositores como Humboldt, Linneo, Buffon, etc., sin duda influyeron su estilo, pues a diferencia del que más tarde empleó en su famosa **Historia de la Revolución de Colombia**, aquí se muestra elocuente y a la altura de Caldas y Zea en punto de descripciones. La cita siguiente me sacará verdadero. Al hablar de Urrao y después de predecir que “vendrá a ser con el tiempo el depósito de las provincias de Antioquia y el Chocó”, agrega: “De la agradable temperatura de este valle (el de Penderisco), se eleva el viajero, poco a poco a la cima de la gran cordillera que domina al Cauca (1500 toesas). Qué espectáculo tan soberbio el que se presenta a su vista! Sentado sobre los Andes él divisa al poniente cubiertos de niebla los valles por donde van a desembocar en el Atrato el Bebará, el Penderisco, el Sucio y otra multitud de ríos: de cuando en cuando la niebla se disipa, y aparecen las puntas de los montes que muestran sus frentes majestuosas elevadas hasta las nubes. La vista se cansa en vano por encontrar hacia esta parte campos extensos en donde la naturaleza haya sido cultivada por la mano del hombre. Selvas tan antiguas como nuestro planeta, árboles corpulentos, ríos precipitados por entre rocas y peñascos, son los únicos objetos que lo rodean. Es cierto que llevan consigo el sello de la majestad sublime de la naturaleza; pero también lo es que producen mil sensaciones melancólicas”.

En el curso de este trabajo reputado por Caldas como “juicioso y substancial”, hay muy oportunas advertencias acerca de agricultura, vías de comunicación, industrias y comercio que sin duda tuvieron entonces una repercusión saludable, máxime si recordamos que el señor Restrepo desempeñó un papel de primer orden en la organización de la república: primero al lado del Dictador, de quien fue Secretario; lo mismo que del Gobernador Tejada; más tarde, en 1814 como diputado de las Provincias Unidas, y luego como Ministro de Estado al lado del Libertador y del organizador de la victoria; y durante toda su fecunda existencia como paradigma de honradez y de las más nobles virtudes ciudadanas.

En el orden de ideas que quiero hacer resaltar ahora, debo recordaros que el señor Restrepo hizo que en Bogotá se estableciera la fabricación de los sombreros de iraca; introdujo la variedad de papa llamada **tuquerreña** y por mediación del General Serviez, residen-

te en Venezuela, hizo introducir de aquel país el pasto llamado de Pará (**Paspalum**). Asimismo introdujo la raza merina de ovejas, conocida hoy con el nombre de Rambouillet a pesar de ser de procedencia netamente española. Murió en Bogotá en abril de 1863. Su nombre quedó conmemorado por Humboldt con el género **Restrepia** dado por el sabio prusiano a un grupo de orquídeas de la tribu de las Pleurotali-deas.

La república, doloroso es confesarlo pero fuerza la verdad, no continuó la obra de Mutis y sus colaboradores sino a mediados del siglo XIX, cuando se estableció la Comisión Corográfica y entraron a colaborar Triana, Ancizar, Paz y otros. Antioquia tuvo entonces como representante suyo en estas disciplinas al que podemos considerar como su proto-naturalista: al Dr. Andrés Posada Arango.

Nació el doctor Posada Arango en Medellín, el 11 de febrero de 1839 y aunque contestó a lista en la Universidad de Antioquia, y en el llamado Colegio de la Unión, lo hizo por breves días; de manera que en lo relacionado especialmente con su preparación médica y científica, se le puede considerar como un verdadero autodidacto. Su decisión por los estudios científicos fue, en efecto, de tal naturaleza que cuando apenas contaba 16 años, pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, observando la hora en que se abrían y cerraban las flores de un jardincillo que él mismo se había sembrado, obteniendo así los datos para formar un **Reloj de Flora**, que publicó más tarde. En sus excursiones por su valle nativo anduvo siempre provisto de los objetos del herborizador, colectando plantas que desecaba en su casa y clasificaba luego.

Cuando se decidió por estudiar medicina, empezó bajo la dirección de los doctores Ricardo Escobar Ramos y José María Buendía, pero por muy pocos días, pues la revolución llamada de Melo, en 1854, hizo paralizar las aulas, por lo que hubo de continuar solo. En el caballete de su casa desecaba los huesos y con ellos se construyó un esqueleto completo para el estudio de la anatomía; desde el amanecer de los días de mercado íbase al matadero a estudiar anatomía comparada en los cerdos y a practicar disecciones, y cuando ya había avanzado en sus estudios, solicitó permiso para practicar en el hospital, donde fue recibido con generoso acogimiento por el reputado médico del establecimiento doctor José V. de la Roche, de quien después fue auxiliar muy eficaz y a quien Posada Arango tributó siempre el más cálido agradecimiento. Hizo el curso de farmacia visitando un afamado establecimiento farmacéutico de la ciudad donde se hacía mostrar los medicamentos para olerlos, palparlos y aun gustarlos, a fin de obtener con ellos nociones precisas; el curso de química lo hizo en la Universidad con el profesor español Francisco Flórez Domonte.

Cuando se sintió capaz de optar a grados, no siendo posible obtenerlos en esta capital, se fue a Bogotá en 1859 y tras una breve preparación en el Colegio del Rosario, solicitó los exámenes de prueba de la Universidad de Santo Tomás, que era por aquel entonces la ú-

nica que conservaba el privilegio de otorgar títulos. En exámenes sucesivos obtuvo los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor. Conservo autógrafa la conferencia que leyó el doctor Posada Arango ante el selecto grupo de profesores que lo examinaron en Bogotá el 12 de noviembre de 1859; versa sobre las excelencias de la medicina, especialmente de la legal y es una pieza llena de originalidad y de sentido pragmático, que fueron dos de las cualidades sobresalientes de este antioqueño ilustre.

Ejerció después la medicina con desinterés y eficacia y con un concepto honrado, es decir no empleando dos morales: una para la práctica en clientela y otra para la dirección de las ideas. Sabía que en los dominios síquicos, la unidad de concepción es la gran fuerza que permite alcanzar más prestamente la verdad. El señalaba un hito a su actividad y una vez fijado, no lo abandonaba a ningún precio, pues tenía como cosa cierta que aún entre individuos de vasta inteligencia, la constancia es la condición del buen éxito.

Viajó por Europa y ahí lo sorprendió la guerra franco-prusiana de 1870. Su obligada permanencia en el viejo mundo la aprovechó en el estudio, visitando el Herbario y el Jardín Botánico, viajando y haciéndose a relaciones con los más ilustres sabios franceses y alemanes, entre quienes se contaban el viajero francés J. B. Boussingault, que conocía muy bien nuestro país y que le fue un ponderoso auxiliar en el conocimiento de nuestra flora y gea; asimismo el alemán Karsten, botánico muy señalado; Blanchard, que fue más tarde profesor de zoología de la Facultad de Medicina de París y de cuyos labios oí yo en aquella ciudad los más altos elogios de Posada Arango, a quien calificaba de sabio.

Publicó allá su “Viaje de América a Jerusalén” y varios estudios científicos. Especialmente dignos de mencionarse por lo fundamentales y que aun se citan en los trabajos modernos de la misma índole, son: el intitulado “El veneno de la rana de los indios del Chocó” y “Ensayo etnológico sobre los aborígenes de Antioquia”. El último de estos estudios le valió que la Sociedad de Antropología le otorgara una medalla de bronce y una mención honorífica; y en el primero emite conceptos que han sido preferidos por los sabios europeos a otros más recientes sobre el mismo tema.

En 1872 regresó a Medellín cuando el doctor Berrío y sus colaboradores tenían puestas en la Universidad todas sus complacencias. Fue entonces cuando se le encomendó la enseñanza de ciencias naturales y la instalación de un Jardín Botánico. Fue, pues, el primer profesor de aquella rama en nuestra **Alma Mater** y desde aquella época hasta las postrimerías del siglo. Mas debo confesar, en obsequio a la verdad histórica, que no fue un buen profesor, porque no comunicaba con espontaneidad y abundamiento sus conocimientos, ni aún a sus discípulos más aprovechados.

Sería deshorada la enumeración por lo menudo, de las publicaciones del doctor Posada Arango, cuyo número asciende a cerca de trescientas. Mas no dejaré sin recordar su estudio sobre el **Tuntún** o anemia tropical, el primero en América en que se identificó el gusano y el síndrome de este grave azote de nuestro país; y sus monografías

sobre Las Serpientes, Los Peces y Los Insectos, por su originalidad y rigor científico.

En 1890 el profesor belga Alfredo Cogniaux perpetuó el nombre de nuestro maestro dando a una curcubitácea estudiada por el propio Posada Arango, el nombre de **Posadaea spherocarpa**.

Este breve recuento de los trabajos y múltiples talentos de este colombiano eminente, bastan para convencer a los que me escuchan que fue digno del calificativo de sabio que le dieron sus coetáneos.

El doctor José Vicente Uribe, nacido en Titiribí y educado en nuestra Universidad, fue gran conocedor de nuestras posibilidades vegetales y recetaba frecuentemente los simples; pero sus aficiones lo llevaron a cultivar la etnología y la filología. Escribió sobre el idioma, usos y costumbres de los indios Cunas un estudio que fue vertido al alemán y al inglés y dejó escrita una gramática árabe, idioma al que fue muy adicto. Fue profesor muy eminente de clínica en la Facultad Nacional de Medicina.

Profesor de ciencias naturales, si bien en forma esporádica, fue el Dr. Francisco Antonio Uribe Mejía, nacido en el Retiro el 1º de mayo de 1845 y graduado de doctor en medicina, en Bogotá, el 28 de junio de 1869, después de haber hecho su preparación literaria en la Universidad de Antioquia. Fue especialmente aficionado a la zoología y colaboró con el doctor Manuel Uribe Angel en la parte de la Geografía de Antioquia que trata de esta materia. Mas no fue cierto, en estas actividades en lo que sobresalió el maestro de la juventud sino en la pulcritud y urbanidad y como paradigma de decoro profesional. No resisto a la tentación de leerles la oración que pronunció en el acto de colación de grados del doctor M. M. Calle y del que habla, por considerarla, aparte de su belleza literaria, como un verdadero código de moral médica y digna, por tanto, de ser aprendida de memoria y practicada por todos los que ejercen las graves funciones de la medicina. Hela aquí:

“Señores: El jurado de calificación de que formo parte, va dentro de poco a conferirlos el grado de Doctor en Medicina y Cirugía. Merecida distinción; porque habéis estudiado ordenadamente todas las materias de esta asignatura; porque las contestaciones en vuestros exámenes han sido acertadas, y porque habéis presentado sendas tesis, escritas con inteligencia y erudición, y sostenidas con lucimiento en el presente acto.

“Están cumplidas vuestras aspiraciones. Pero ni vuestros estudios han terminado, ni está coronada vuestra carrera; el crudo trabajo y la ruda labor apenas empiezan. Meditad bien, antes de sellar con la gravedad del juramento, el voto que vais a proferir. La profesión médica es un sacerdocio; y una vez dado el sí, quedáis por vida sometidos a trabajos forzados. La deserción de las filas es desdorosa y equivale a ahorcar los hábitos. Un médico que no se dé, con absoluta abnegación, al servicio de la humanidad doliente, sin atender a provechos pe-

cuniaros, es planta exótica que, para bien nuestro, no se aclimata en estas montañas.

“Nobreza obliga. El desinterés, la actividad, la afabilidad, una moral estricta, una conducta severa y una caridad ilimitada, son cualidades inseparables del que pretenda practicar con honradez las delicadas tareas del médico y las laboriosas ocupaciones del cirujano.

“Pero la virtud capital del médico es el silencio. Ni las súplicas de las personas más queridas, ni los agravios de los enemigos, ni las asechanzas de los curiosos, ni las amenazas de las autoridades, serán parte a compeleros para que reveléis lo que sepáis de vuestros clientes. El secreto profesional es inviolable; y antes de que logren arrancároslo, trozad con los dientes vuestra lengua y escupidla a la cara de los instigadores. Así lo hizo aquel santo varón, canónigo de Praga, cuando el Emperador Wenceslao quiso arrebatár con el martirio la confesión de la Emperatriz su esposa.

“A vosotros no os guía el lucro; porque sabéis sobradamente que nuestros profesores más distinguidos, después de medio siglo de trabajo, no legaron a sus familias ni pan, ni techo, ni abrigo: Quevedo Estrada, De la Roche, Peña, Campuzano, Flórez, Pérez, ¡Bendito seáis!

“Bendito sea también aquel austero y sabio anciano, esclavo del deber y víctima del trabajo, hoy ciego, enfermo, agobiado de tristeza y vencido por los desengaños, que se ha visto obligado a dar en arrendamiento su oficina de trabajo, y a vender sus libros e instrumentos, para sufragar a sus más premiosas necesidades (1).

“No niego que haya médicos laudablemente ricos. Pero si indagáis la causa de su riqueza, hallaréis que sus bienes proceden de herencia o dádiva o han sido adquiridos por medios extraños al ejercicio de la profesión.

“Felices vosotros si la medicina os diere el pan de cada día.

“Tampoco esperéis la fama como fruto de vuestro ministerio. Muchos os culparán de impericia o de descuido, si no pudiéreis salvar al enfermo, y atribuirán la curación, si la lográreis, a causas extrañas a vuestros afanes y desvelos.

“Si aspiráis a ser sabios, no prestéis el juramento que se os va a exigir; porque la muchedumbre de desvalidos no os dará tiempo para los estudios del día, ni reposo para las meditaciones de la noche.

“Con honrosas excepciones, no tendréis más amigos que vuestros enfermos; de los cuales, cuando ya no lo estén, muchos os volverán la espalda. Y gracias si algunos no se convierten en enemigos cuando se trate de honorarios. No invento; no me quejo; no en vuestro nada a nadie: así está formada la humanidad.

“Cuando se os llame para ver un enfermo, acudid pronto y sin vacilaciones; examinadlo con interés y con todo el espacio que podáis, y dadle vuestra receta por escrito, agregando palabras de aliento y consejos que levanten el ánimo y reanimen la esperanza del paciente.

1) — El Dr. Manuel Uribe Angel, a quien fue dedicado este discurso.

“Vais a cambiar los alegres bancos del colegio por las arduas tareas del profesorado, y a trocar los festivos rostros de vuestros discípulos, por la demacrada y a veces lacrimosa cara de los enfermos.

“Renunciad de una vez a los placeres juveniles, a las dulces lecturas, a todos los ocios recreativos, y lo que es más duro y cruel, al dón más precioso concedido por Dios a los hombres: renunciad a la libertad.

“Dentro de pocos minutos ya no os perteneceréis: perteneceréis, maniatados, a la humanidad. Así el millonario como el pobre, el santo como el bandido, el sabio como el salvaje, el amigo como el enemigo y el cristiano como el idólatra, tienen derecho de ocuparos, y vosotros el deber de servirles, sin establecer diferencia, midiéndolos a todos con una misma vara: la vara de la equidad.

“Yo sé que el trabajo no os arredra, que mis palabras no os amedrantan. Vuestra resolución está tomada y es irrevocable. Unid a la vocación del apóstol, la resolución del mártir. Por acto de tanto valor y de tanta abnegación, felicito a la patria y a la humanidad doliente, y a vosotros... os compadezco y os admiro”.

Señálase también como maestro en estas actividades el doctor José Joaquín Jaramillo, nacido en Sonsón en 1835 y educado en Bogotá donde obtuvo el título de doctor en medicina en 1853. Tenía verdadera vocación de maestro y no omitía oportunidad de transmitir sus múltiples conocimientos. Hombre bondadoso y lleno de espíritu de caridad, fue un benefactor de la ciudad de su nacimiento que le amó como a uno de sus hijos predilectos. Discípulo muy aprovechado del doctor Francisco Bayón, conocía al dedillo la flora de su valle nativo y fue él quien inició en esta rama a don Joaquín A. Uribe.

Discípulo de Bayón, quien lo fue a su vez de don Sinforoso Mutis, el único sobreviviente de la Expedición Botánica, el doctor Jaramillo vino a ser el hilo de oro que transmitió hasta un repuesto sitio de la montaña lejana, las vibraciones del espíritu inmortal del sabio Mutis.

Con gran brillo inició sus estudios sobre la botánica vernácula el doctor Alejandro Restrepo Callejas con su Tesis de París titulada **El Cedrón y el Valdivia**; pero no continuó trabajando en dicho campo este distinguido hijo de Medellín, arrebatado prematuramente a la ciencia.

Nacido también en Sonsón el 30 de agosto de 1860 es el doctor Juan B. Londoño, quien estudio en Salamina, Medellín y Bogotá. En esta última ciudad se graduó en medicina en 1884. Con gran éxito ejerció la profesión en el sur de Antioquia, hoy del departamento de Caldas, hasta 1889 en que se estableció en Medellín, en donde fue dos veces Director de Instrucción Pública, Director de la Escuela de Me-

dicina y profesor de varias asignaturas en la misma escuela, en la Universidad y en la Escuela Normal Antioqueña.

Por donde quiera que anduvo el doctor Londoño, lo preocupó el estudio de la botánica. El más antiguo recuerdo que tengo de este respetado profesor se halla asociado a las plantas, pues se le veía entrar a la ciudad de Salamina, caballero en brioso corcel y llevando consigo inúmeras plantas que herborizaba. Una de sus mejores contribuciones a la botánica médica vernácula, es su estudio intitulado **Plantas medicinales de Antioquia** que ha sido muy citado por autores nacionales y extranjeros. Sus artículos sobre la coca, el árnica morada, el drago, el manzanillo, lo acreditan de investigador original. Escribió además sobre **Aguas minerales de Antioquia**, sobre geografía médica del mismo departamento y sobre otros temas. Como Director del Manicomio y de la Instrucción Pública dejó huellas perdurables de buen organizador; y aún a avanzada edad todavía se le veía trabajar en sus labores favoritas preparando un estudio de sumo interés sobre frutas de Antioquia.

El doctor Tomás Bernal fue por repetidas veces profesor de ciencias naturales en reemplazo de Posada Arango de quien fue discípulo, pero no adelantó trabajo alguno y sus estudios favoritos fueron los de anatomía, en los que llegó a sobresalir en París mismo, habiendo sido favorecido con una medalla de oro en un concurso libre. Fue vicerrector primero y después rector de la Universidad de Antioquia, muy querido por sus excelentes prendas de benevolencia, y estuvo también al frente de la Instrucción Pública.

El 28 de septiembre de 1858 nació en Sonsón don Joaquín Antonio Uribe y en aquel vallejuelo tan bellamente cantado por él más tarde, recibió su educación primaria y secundaria; luego vino a Medellín a la famosa Escuela Normal fundada por Berrío y regentada a la sazón por los pedagogos alemanes Christian Siegert y Gustavo Bothé. Se graduó de Maestro de Escuela Superior en noviembre de 1875, y ejerció después el profesorado en Sonsón, Rionegro, Salamina, Caldas y Medellín.

Fue iniciado en el estudio de la naturaleza, como lo dije hace poco, por su maestro el doctor José Joaquín Jaramillo a quien dedicó mucho más tarde este sentido y justo recuerdo: "Su memoria me es grata en sumo grado porque, perfumada con los aromas de mi cariño y gratitud, se cierne sobre mí cuando el desaliento me abate o siento el zumbido melancólico de los desengaños. El fue quien me inició en una ciencia a que debo largas horas de dulce recogimiento o de expansión sincera y que hoy me consuela y fortifica".

En el valle que lo vio nacer empezó don Joaquín Antonio a escribir sobre las bellezas naturales en cuadritos descriptivos llenos de vivo interés por la corrección del lenguaje, las sugestivas imágenes y la unción poética que los animaba. El "Repertorio Municipal" y "Ca-

piro”, de Sonsón, eran publicaciones solicitadas y leídas con avidez por todos los que sabían apreciar la belleza de aquellas producciones.

En 1912 dio a luz el **Curso Compendiado de Historia Natural**. Lo primero que me llamó la atención en esta obra fueron las palabras del sabio Caldas que le sirven de epígrafe: “Qué nos importan los habitantes de la luna? No nos estaría mejor conocer los moradores de las fértiles orillas del Magdalena?” He ahí esbozado todo un programa de nacionalismo constructivo que él supo desarrollar durante toda su vida al revelarnos inúmeros secretos del mundo organizado. Esa obrecilla que alcanzó tres ediciones es un guía admirable en punto de plantas y animales vernáculos. Fue ella la que despertó en mí, después de las lecciones de Posada Arango, la afición por este género de estudios que han proporcionado a mi espíritu las más sanas alegrías.

Mas donde don Joaquín Antonio se muestra en la plenitud de su amor a la naturaleza y de su vocación de maestro es, sin duda en “**Cuadros de la Naturaleza**”. A mi juicio, nada se ha publicado en Colombia que supere en su género a esta obra. Las descripciones que nos dejó Caldas son cierto, un dechado de pulcritud y buen gusto para su época; lo son asimismo las del señor Ancizar que se leen en “**Peregrinación de Alpha**”; pero ambas publicaciones son de índole bien distinta y no se refieren exclusivamente a la naturaleza.

En dichos Cuadros nuestro conterráneo se encuentra en íntimo contacto con los cielos y la tierra. Su amor a la verdad y el deseo de comunicarlo íntegramente se manifiestan en la sencillez y claridad con que relaciona su pensamiento con el símbolo adecuado. Cuando dicha sencillez y la soberanía de las ideas son sustituidas por el predominio de deseos secundarios a saber: el deseo de riqueza, de placer, de gloria; y la doblez y la falsía ocupan el puesto de lo verdadero y lo ingenuo, el poder sobre la naturaleza se pierde como intérprete de la voluntad, y las palabras pierden su poder de estimular el entendimiento y los efectos. De ahí que Uribe asocie siempre las palabras a las cosas visibles y su lenguaje pictórico sea la manifestación de un hombre aliado de la verdad y de Dios. “Yo afirmo —dice Kant— que el interesarse vivamente con las bellezas de la naturaleza, es siempre signo de un alma buena”, y el Barón de Humboldt agrega que las indagaciones acerca de los fenómenos naturales “nos preparan un cúmulo de goces intelectuales, y, lo que es más, la libertad moral que nos abroquelan contra los reveses de la fortuna y nos proporciona un abrigo seguro contra toda influencia externa”.

La ingénita bondad de corazón de don Joaquín Antonio explica las frecuentes alusiones punzantes que dedica al **Homo sapiens**. En sus excursiones por los campos o en el mundo del ensueño, se despoja de su acerbidad y regresa hecho un niño; pero una vez rostro a rostro con las realidades de la vida y ante las adversidades y flaquezas del hombre, su espíritu se rebela y quisiera no tener más compañía que la naturaleza ni otra amistad que la de los campos y bosques que sugieren misteriosas relaciones con el alma del universo. Y repite con Lamartine:

Mais la nature est là qui t'invite et qui t'aime:
Plonge-toi dans son sein qu'elle t'ouvre tojours.

Quand tout change pour toi, la nature est la même,
Et le même soleil se lève tous les jours.

Cuando ajeno a toda preocupación exterior da vuelo a su fantasía y se baña en las ondas de luz de lo trascendente, se nos muestra como un adivino de lo desconocido y se transforma en el personaje de que nos habla el autor de "**Siete Ensayos**": "De pie sobre la desnuda tierra —con la cabeza erguida sobre el espacio infinito y bañada por el aire alegre— todo vivo egoísmo se desvanece y me convierto en una pupila transparente. Lo veo todo. Las corrientes del Ser universal circulan a través de mí; soy una partícula de Dios... Soy el amante de la belleza incalculable e inmortal. En la naturaleza encuentro algo más querido y connatural que en las calles o pueblos. En el tranquilo paisaje, y especialmente en la línea lejana del horizonte, el hombre mira algo tan bello como su propia naturaleza".

Verdadero vate de la naturaleza, nuestro compatriota halla motivos para las más bellas descripciones en las cosas más insignificantes, que pasan inadvertidas a los ojos de los profanos, y, maestro de vocación, encuentra en los detalles más triviales, temas para enseñar y motivos para esparcir ideas a todos los vientos del espíritu.

El taxonomista Standley creó el género **Uribea** en la familia de las rutáceas para perpetuar el nombre de Uribe en una plantita llamada **Uribea angelopolides**. Además de las obras nombradas escribió: **Pequeñas monografías, de minerales, vegetales y animales**; aparecidas en 1917; **Flora Sonsonesa**; **El Niño Naturalista**, y **Flora Antioqueña**, obra póstuma.

A más de esto nos dejó como obra suya viviente a su hijo el R. P. Lorenzo Uribe, S. J., nacido en Medellín el 20 de enero de 1900 y educado en la Universidad hasta su bachillerato, cuyo diploma recibió en mayo de 1916. En noviembre del mismo año ingresó en la Compañía. En 1918 ya enseñaba griego, latín y literatura española y en 1927 fue enviado a Europa a completar su educación. En España, el célebre entomólogo R. P. Longino Navas le dedicó el neuróptero colombiano estudiado por el mismo R. P. Uribe, dándole el nombre de **Crysopa Uribei**. En Friburgo estuvo ampliando sus conocimientos en ciencias naturales y desde su regreso al país hace ya varios años, ha sido profesor de la materia en los colegios de la Compañía. Al publicar la obra póstuma de su progenitor, la exornó con apostillas y aun de algunas enmiendas que denotan bien a las claras que le viene de casta su amor a la ciencia de Linneo y que si el ministerio sacerdotal no lo aleja de este campo, rayará muy alto en estas disciplinas.

Nacido como el anterior, en Medellín, en la pintoresca plazuela de Félix Restrepo, el Pbro. doctor Enrique Pérez Arbeláez entró desde temprano a la Compañía y luego de prepararse en Bogotá fue enviado a Europa en donde fue ordenado sacerdote jesuita el 31

de julio de 1925. La Compañía no omitió después medios para que el nuevo socio se ilustrara y al efecto, lo envió a Munich donde permaneció hasta obtener en 1932 el título de doctor en ciencias naturales con las más honrosas calificaciones y altos elogios. Regresó al país y a poco ahorró los hábitos de jesuíta y se dedicó muy de lleno al profesorado y a trabajos en el Ministerio de Industrias y en el de Agricultura, pues logró que el gobierno le brindara oportunidades para desarrollar sus planes de trabajo. Aparte de numerosos trabajos sobre diversos temas, el señor doctor Pérez Arbeláez ha publicado lo siguiente: **Der Davaliacer**, Jena, 1932; su tesis de grado: **Lecciones sobre el Herbario**, Bogotá, 1932; **Sanidad vegetal en las importaciones**, Bogotá 1932; **Botánica del Cafeto**, etc., en el **Manual del cafetero colombiano**, Bogotá, 1932; **Plantas medicinales más usadas en Bogotá**, 1934; **Las plantas, su vida y su clasificación**, 1934; **Plantas útiles de Colombia**, Tomo I, 1936; **Plantas medicinales y venenosas**, 1939; **Botánica colombiana elemental**, etc.

Como puede observarse, la fecundidad del doctor Pérez Arbeláez es grande, pero eso mismo hace que no le haya quedado tiempo para revisar pacientemente sus primeros escritos, razón por la cual adolecen de numerosas fallas y no pueden ser, por tanto, guías seguros. Pero a su tozudez, actividad y diligencia debe el país, a mi juicio, una obra de imponderable valor cultural: el Instituto de Ciencias Naturales de la ciudad universitaria y la organización de los estudios de biología en el mismo establecimiento. El dio y cavó y majó hasta lograr que el gobierno lo oyera y lo proveyera de lo indispensable para echar las bases de una institución que en lo futuro representara para Colombia un valor superior al de la Expedición Botánica.

El doctor Pérez Arbeláez ha estudiado la **Bromelia magdalenae** o sea la Pita desde el punto de vista industrial y ha ideado un procedimiento que, según él, tiene un gran valor económico en el beneficio de la fibra; es, además un fervoroso defensor de la riqueza forestal de Colombia, tarea en la que ha tenido que sufrir todo género de contrariedades pero que a la postre constituirá uno de sus más legítimos triunfos.

El 24 de agosto de 1881 nació en Sonsón el Pbro. Roberto Jaramillo Arango; hizo su preparación literaria en aquella ciudad en donde fue discípulo de don Joaquín Antonio Uribe y luego completó su educación en el Seminario de esta ciudad de Medellín. Aquí recibió la ordenación sacerdotal en 1904. Ha ejercido el ministerio en Medellín, Titiribí, Sonsón, donde ha sido por repetidas veces rector del renombrado colegio de aquella ciudad; en Manizales, donde residió en 1913, fue vicerrector del Instituto Universitario, y en Envigado. Cuando la Academia Colombiana de Historia abrió un concurso para premiar el mejor trabajo que se presentara acerca de la participación del clero en la guerra de la independencia, el Pbro. Jaramillo obtuvo el segundo premio, pero el concepto del jurado calificador es tan honroso, que basta para satisfacer al más exigente. Posteriormente ha ganado el primer puesto en concursos de poesía, pues raya muy alto como poeta de profunda inspiración. Parece que su modelo haya sido el legionense

y tiene varias composiciones que con gusto prohiaría el dulce autor de **Noche Serena**.

La participación del señor Pbro. Jaramillo en los estudios de botánica, a lo menos en los que han visto la luz pública, es de data relativamente reciente; pero lo que se conoce le da derecho a figurar con honor entre los que han dedicado sus esfuerzos al conocimiento de nuestro medio. Díganlo si no, sus **Monografías Botánicas** que publicó la Revista "Universidad de Antioquia", en las que campean la erudición en las citas y la gracia en el decir.

Uno de los servicios que el autor de las Monografías dichas ha prestado a sus lectores, es el acopio de nombres vernáculos americanos conque exorna sus escritos y el folclore que emplea y en el que es aventajado cultor.

Recientemente el Hno. Daniel, naturalista eximio del Colegio de San José, le dedicó una especie en la familia de las Malpighiáceas conocida con el nombre de Mamey de tierra fría, a la que ha llamado **Bunchosia jaramilli** por creerla diferente de la **Bunchosa armeniaca**.

José M. Duque Jaramillo, de Abejorral, ha sido un laborioso cultivador de la botánica, especialmente en el ramo forestal, sobre el cual publicó un trabajo de importancia en 1931, titulado **Manual de Bosques y de Maderas Tropicales**. Ha sido profesor de botánica.

Marceliano Posada, culto y modesto profesor y ardiente inquiridor de las plantas, merece que su nombre se consigne en la nómina de los que buscan desentrañar los secretos de la naturaleza.

El R. P. Julio Henao, S. J. nació en Fredonia en 1897, hizo sus estudios en el Colegio de San Ignacio de Medellín y entró luego a la Escuela Nacional de Minas donde se distinguió por sus excelentes disposiciones para las matemáticas. En 1921 entró en la Compañía y fue profesor en Bucaramanga. En 1929 viajó por Europa y en España fue discípulo, en química, del famoso Padre Victoria. Vuelto al país en 1935 está desde tiempo ha organizando admirablemente las valiosas colecciones de historia natural que posee el Colegio de San Ignacio y se ha familiarizado con los millares de especímenes con que cuenta el museo.

Los RR. Hermanos de las Escuelas Cristianas se han distinguido en todo tiempo por su aplicación a los estudios de la naturaleza. Ellos saben, mejor que ninguno, que es allí donde se puede estar en más inmediato contacto con Dios, admirándolo y reverenciándolo en sus

obras: "Estupefacto vi a Dios por detrás, cuando pasaba, y me quedé pasmado", ha dicho el padre de la botánica. Sólo que proceden sin meter ruido, acopiando materiales para después disponerlos cual sólidos sillares en el edificio científico. Entre los que actualmente se hallan al frente de la enseñanza en el Colegio de San José, el Hermano Daniel ha sobresalido en las ciencias naturales. Este profesor ya eximio a pesar de su juventud, no es antioqueño de nacimiento pero ha consagrado a Antioquia los mejores años de su vida y es aquí donde ha desarrollado sus planes científicos y donde ha contribuido a la formación de jóvenes que empiezan a preocuparse por el conocimiento de la naturaleza.

El R. Hno. Guillermo Luis, nacido en Santa Rosa de Osos en 1905, entró en el Noviciado de los Hermanos en 1919 y profesó en 1930. En pocos años dominó cinco idiomas. En Bogotá ganó el premio de pintura en el Instituto Nacional de Bellas Artes, pero se dedicó especialmente a las matemáticas hasta 1931 en que los Hermanos fueron desalojados del Instituto Técnico Central. Con el fin de hacer estudios complementarios en geología y mineralogía fue enviado a la Universidad de Lila. De carácter afable, al decir de sus compañeros y discípulos, estaba dotado además de sobresalientes cualidades artísticas y hubiera sobresalido en las materias de su predilección si Dios no lo hubiera llamado a su eterno descanso desde temprano, pues falleció en Lila en 1936. En el mundo se llamó Luis Lopera.

El R. Hno. Claudio Félix reemplazó al R. Hno. Nicéforo María, tan conocido por sus estudios en ciencias naturales, en la dirección del museo del Colegio de San José, y en la enseñanza de estas materias en dicho instituto por varios años. Durante su profesorado cultivó relaciones científicas con varias autoridades de Europa y América, y aun se le ofrecieron posiciones distinguidas en asociaciones de naturalistas, que él no ha aceptado.

Os decía al comenzar esta ya cansada disertación que en ella he de referirme también a los que han estudiado en sus varias manifestaciones este misterioso navío de la tierra que nos transporta a través del espacio. Voy, pues, a pasar una ligera revista a los que han aplicado sus esfuerzos al estudio de los minerales y las rocas o sea los mineralogistas y petrógrafos; a los que estudian los fósiles, que es decir las huellas dejadas por los organismos vivos primitivos, llamados paleontólogos; enumeraré asimismo aquellos de nuestros hombres de ciencia que se han interesado por las deformaciones de la corteza terrestre o sea los tectónicos y, en fin, diremos algo de los geólogos sin epíteto que tratan de reconstruir la historia del globo aprovechando las transformaciones de la vida.

No diréis que ando trascordado si registro en primera línea a Francisco de P. Muñoz, nacido en esta capital de Antioquia el 22 de marzo de 1840 y educado en nuestra universidad en donde se dedicó desde muy temprano a estudios de metalurgia y química al lado del profesor español Flórez Domonte: fue entonces condicípulo de Posada Arango, quien lo estimaba en alto grado. En 1860 acompañó a Mr. Tyrrel Moore a las minas de Titiribí y ahí se dedicó a la práctica de la minería. En 1864 fue llamado por Berrío como ensayador y verificador de la Casa de Moneda. Más tarde tuvo a su cargo las cátedras de mineralogía y geodesia en la Universidad y la Dirección de la Compañía Minera de Antioquia. Verdadero polígrafo. Muñocito, hipocorístico con que se nombró siempre no obstante su agigantada estatura, fue un aguerrido polemista y un hábil juzgador. Como fiscal le correspondió actuar en uno de los procesos más ruidosos de la época, acerca del cual escribió su estudio titulado **El Crimen del Aguacatal**. Publicó también un **Tratado de Legislación de Minas en Antioquia y Nociones generales sobre Minas** muy útil a los abogados, y más tarde empezó a publicar por suscripción, sus **Escritos y Discursos**, los cuales quedaron interrumpidos con su muerte, acaecida en Medellín en 1914.

Fue hombre incisivo y de independencia en el concepto. Un retruécano sobre el artículo K de la Constitución, le costó la persecución y aun el extrañamiento. Cuando alguien le refería que el gobierno había puesto en práctica el artículo en cuestión, contestó que al gobierno solo le faltaba la **K... ida...** Y dicen que por esto fue confinado.

La ciudad de Medellín ha sido sin duda olvidadiza con este hijo tan distinguido de su seno y digno, por muchos títulos, de un recuerdo más perdurable.

Don Tulio Ospina, hijo del presidente de la confederación granadina, heredó de su padre las excelentes dotes de expositor ordenado y de una claridad extraordinaria; y de su madre, doña Enriqueta Vásquez, la visión clara de las realidades. Nació en Medellín en 1857. En Guatemala y en esta universidad hizo sus estudios preparatorios hasta el año de 1876 en que participó en la guerra de ese año y fue herido y hecho prisionero en Los Chancos. En los años siguientes estudió en California junto con su hermano Pedro Nel, y más tarde en Europa. Juntos regresaron al país en 1881.

Don Tulio presidió durante más de 10 años los destinos de la Escuela Nacional de Minas y desde 1904 a 1911 la Universidad. "Entre sus múltiples cualidades —dice su biógrafo don Estanislao Gómez Barrientos— sobresalía su variadísima instrucción, su dón de enseñanza, el método expositivo que sabía emplear en ella, la afabilidad en el trato con los discípulos y la penetración para conocer su psicología'.." Desde el punto de vista que me interesa en esta conferencia Don Tulio Ospina se destacó como profesor de geología. En esta materia trasmitió a varias generaciones los conocimientos adquiridos en California y en sus viajes de estudio por el país. Fruto de ello fue la obrecilla que publicó con el título de **Reseña de Geología de Colombia**. "A su iniciativa y a su paciente y perseverante labor desinteresada —dice el Dr.

Juan de la C. Posada— debe Colombia el poco conocimiento que se tiene de sus zonas agrícolas y minerales. Siguiendo las huellas de Humboldt, Boussingault, Karsten, Hettner, Stubell y otros pocos predecesores suyos, sentó las bases de la geología colombiana, disipando errores y haciendo luz en problemas intrincados y oscuros...”

Como profesor de agricultura dejó consignadas sus enseñanzas en un tratadito que lleva por título **Agricultura colombiana. Notas de un curso dictado en la Universidad de Antioquia.**

Y cuenta con que no fueron éstas las únicas actividades de su fecunda vida, pues sobresalió también como historiador sagaz, como experto minero y como feliz cultivador de la etnología.

Murió en Panamá, donde fue en busca de salud, en 1921.

Discípulo del anterior fue el Dr. Juan de la C. Posada, nacido en Medellín, en la fracción de El Poblado en 1869. Hizo su preparación literaria en su aldea nativa, en el Colegio de San José de Marinilla regentado entonces por don Lino de J. Acebedo, en el Seminario Conciliar de Medellín y en la Universidad. Los estudios de ingeniería los hizo en la Escuela Nacional de Minas de Medellín y los complementó en California, en la Universidad de Berkeley.

Como ingeniero fue Director de las Minas de El Zancudo y de otros establecimientos de la misma índole; intervino muy eficazmente en la organización de empresas industriales como la Fábrica de Tejidos de Bello, la Cervecería Unión y el Ferrocarril de Antioquia del cual fue superintendente general. Fue iniciador y organizador de la **Compañía Colombiana de Tabaco**, empresa que es un orgullo nacional y a cuyo frente estuvo desde 1921 hasta 1927.

Como profesor de la Escuela Nacional de Minas, el doctor Posada se distinguió por sus dotes de expositor disertado y erudito y por la urbanidad en el trato de sus discípulos. Resultado de sus lecciones es el trabajo sobre **Petrografía** que publicó hace años y otros estudios dados a luz en revistas científicas.

Pero el fruto maduro y sazonado de este distinguido colombiano es a mi juicio su **Antropogeografía**, libro publicado por la Universidad Pontificia Bolivariana y en el que el autor manifiesta un conocimiento muy completo de la manera como el hombre ha sabido aprovechar el ecúmene para su mejorarse y cultura. Las dos publicaciones del doctor Posada honran la ciencia colombiana.

Antonio Durán, nacido en Urrao en 1906, se educó en Frontino y en el Liceo Antioqueño de nuestra Universidad, donde recibió el diploma de bachiller en 1925. Ingresó en la Escuela de Minas y recibió el título de ingeniero civil y de minas en 1933 con una tesis titulada **Análisis químico y petrográfico de las rocas de Antioquia**, que fue laureada por la escuela.

Discípulo del profesor R. Wokitel en geología, mineralogía y petrografía, fue nombrado en 1933 profesor ayudante y más tarde fue enviado por la escuela a hacer cursos de especialización en México y Estados Unidos, en Química y Metalurgia, materias que enseñó en la Escuela de Minas. En la Facultad Nacional de Agronomía fue profesor de geología y química.

Gerardo Botero Arango nació en Envigado, en 1911 y recibió su educación literaria en esta ciudad natal y en Bogotá, en el colegio de La Salle de los Hermanos Cristianos, donde recibió el bachillerato en 1929. Ingresó en la Escuela de Minas en el año siguiente y recibió el título de ingeniero civil en 1936 con un trabajo muy interesante sobre **Fosilografía**. Este trabajo fue laureado por la escuela y se publicó más tarde con ilustraciones. Es de lo poco que se ha escrito entre nosotros sobre esta rama tan atrayente de las ciencias biológicas.

Desde 1938 regenta la cátedra de geología en la Escuela de Minas y como tal asistió en 1940 al Congreso de Geología que se reunió en Washington. Cuando el doctor Jorge Rodríguez, lleno de merecimientos, hizo dejación de la dirección de la Escuela de Minas, el gobierno nacional, con muy buen acuerdo, escogió para reemplazarlo al doctor Botero Arango, asiduo investigador de todo lo que nos es propio. Bajo su dirección se acreditó el nombre, ya muy ilustre, del instituto.

Los señores Elías y Fabio Robledo Uribe, nacidos en Manizales y educados en aquella ciudad y en Medellín, en el Colegio de los Jesuitas el primero y el último en el mismo colegio y en la Universidad, recibieron su grado de ingeniero civil y de minas en la Escuela Nacional de Minas con una tesis titulada **Resistencia de Materiales** en la que analizan 145 maderas colombianas y estudian los demás materiales de construcción. Dicho trabajo mereció ser premiado con la medalla y el diploma Codazzi otorgado por la Sociedad Colombiana de Ingenieros, y fue publicado por la Escuela de Minas. Acerca de las condiciones de este trabajo, no me corresponde a mi hacer el elogio. **Forse altro cantera con miglior plectro.**

Los estudios de bacteriología fueron iniciados entre nosotros por el doctor Juan B. Montoya y Flórez en 1896, año en que este ilustre conterráneo abrió un curso gratuito a los siguientes estudiantes de medicina: Tomás y Emilio Quevedo Alvarez, Lázaro Uribe C., Miguel M. Calle, Vicente Duque, Ernesto Rodríguez, Manuel Valencia, Eduardo Duque, Jesús M. Duque, Gregorio Vélez y al que os habla. Empezaba entonces el doctor Montoya sus investigaciones sobre el origen del carate al cual atribuía una causa de naturaleza fúngica. Los estudios hechos aquí y completados en París, le sirvieron para escribir su tesis **Recherches sur les Carates de la Colombia**, obra que fue reputada como clásica en la materia y que sirvió de pauta para estudios ulteriores en varias partes de América y Europa. Recientemente se ha infir-

Emilio Robledo

mado la teoría de Montoya; pero sea de ello lo que quiera, sus estudios quedarán como un ejemplo de investigación de primer orden.

Pero antes que Montoya, se había distinguido en este ramo el doctor Emilio Alvarez, nacido en Medellín, educado en nuestro medio y graduado en Bogotá. Trasladóse a vivir al Salvador donde fue fundador de la Escuela de Medicina y donde hizo estudios sobre el **Rinoclescleroma**. Más tarde se estableció en París y allí se dio a estudios de bacteriología y de histología. Publicó varios estudios en colaboración con Cornil y Tavel y también con su sola responsabilidad, y gozó de nombradía entre los especialistas de estas materias en su época, en la capital de Francia.

Catedrático de bacteriología muy estimado por sus colegas y discípulos fue el doctor Jorge Tobón C., nacido en Medellín y graduado en Bogotá. En París se dedicó muy asiduamente a estos estudios y luego ejerció en Medellín con gran eficacia. Murió en París cuando todavía se esperaba mucho de sus dotes de investigador.

Luis Zea Uribe nació en Titiribí en 1872 y se educó en esta Universidad y en Bogotá donde se graduó en 1898. En Europa, adonde se dirigió inmediatamente después de su grado, se dio con especial interés al estudio de la bacteriología; y más tarde fue profesor de esta materia en la Escuela de Medicina de Bogotá, donde ejerció con gran reputación de hombre de ciencia. Zea fue de una elocuencia extraordinaria y de una inteligencia poco común, pero no sobresalió como era de esperarse en las investigaciones científicas, sin duda por su espíritu preocupado de continuo con problemas de índole suprasensible. Murió en Bogotá en 1934.

En 1883 nació en Medellín el doctor Gabriel Toro Villa y se educó en esta Universidad y en Bogotá donde recibió el diploma de médico en 1900. En Bogotá fue compañero de Jorge Martínez Santamaría en estudios de medicina tropical y ambos, junto con su profesor el doctor Roberto Franco, fueron comisionados por el gobierno para investigar la epidemia de fiebre amarilla de Muzo que se presentó a principios de este siglo. Estos distinguidos compatriotas sacaron como una de las consecuencias de su estudio el que no hallaron **Stegomia fasciata** (hoy **Aedes egypti**) en aquella región. Los que se hallaban imbuidos en los conocimientos clásicos sobre la materia, entre quienes se contaban especialmente los miembros de la Comisión Rockefeller encargados de la extinción de la fiebre amarilla en nuestro continente, hallaron verdaderamente insólitas y desprovistas de fundamento las conclusiones de los médicos colombianos; pero enviados a hacer la rectificación

de dichos estudios varios especialistas americanos, tampoco hallaron los mosquitos transmisores y se convencieron de que no a lumbre de pajas habían informado nuestros compatriotas. Más tarde, con la aparición de la llamada hoy **Fiebre amarilla de la selva**, entidad que es igual clínicamente a la forma clásica, pero cuyo agente transmisor no ha sido hallado aún, se ha dado la razón a la comisión de la cual hacía parte Toro Villa.

Este distinguido profesional continuó en Medellín enseñanza bacteriología, pero fue en la práctica de las enfermedades tropicales y como iniciador de los estudios de parasitología en lo que se especializó. Sucedióle en la cátedra de bacteriología los doctores Eduardo Tobón Uribe, Gabriel Uribe Misas, Jesús Peláez Botero, Enrique Arango Pérez y Bernardo Jiménez.

La parasitología, como dijimos atrás, es también una rama comprendida de las ciencias naturales, que nacida ayer no más ha alcanzado un desarrollo extraordinario merced a la colaboración de los investigadores de todo el mundo. La vida de los parásitos animales y vegetales es del más vivo interés, dados los arbitrios a que apelan para subvenir a sus necesidades individuales y específicas. La biología de tales organismos ha servido para esclarecer muchos fenómenos de diversa índole en medicina, etnología, geografía, etc.

Una de las frases más interesantes del parasitismo es la que se refiere a la relación entre su distribución geográfica y las relaciones genéticas de los huéspedes. Von Jhering, en 1902 fue de los primeros en tratar este problema en casos de gusanos parásitos. El supone que dos especies de huéspedes son de igual procedencia si se hallan parasitadas por las mismas especies parásitas o por especies afines. Cree, asimismo, que la estrecha relación de los parásitos indica que ellos proceden de un antepasado común y que las diversas especies de huéspedes comprendidos, descienden de un huésped antepasado común que fue infestado por el parásito antepasado. Argumentos semejantes fueron invocados por Zshokke en 1904 en relación con la distribución de ciertos gusanos céstodos, en mamíferos marsupiales.

El propio Zshokke había ya emitido la opinión de que la emigración del salmón podía ser deducida de la calidad de sus parásitos helmintos. De estos estudios deduce que “cada fauna parásita llega a ser hasta cierto punto una imagen de la biología del huésped, de sus hábitos de vida y especialmente de sus relaciones con aquellas criaturas que comparten con él su habitáculo. Cada cambio de alimentación y residencia de un animal —agrega— tiene su repercusión en los cambios de las condiciones de los helmintos”.

Consideraciones semejantes han llevado a Methaf a decir que el hecho de hallarse en Australia y Tasmania, por una parte, y en la Patagonia por otra, ranas de la familia **Leptodactílides** con parásitos semejantes o iguales, es señal evidente de que en épocas remotas los dos continentes estuvieron unidos; y Darling, por su parte, ha estudiado desde 1920 las migraciones de las razas en relación con la distribución de la uncinaria.

De todo esto se deduce que, aun sin admitir todas las conclusiones a las que han llegado los autores nombrados, muchas veces influidos por prejuicios filosóficos o de otra índole, tenemos que aceptar que es de gran trascendencia el estudio de la parasitología.

Sin duda el iniciador de estos estudios en Antioquia fue el profesor Montoya nombrado, con sus investigaciones sobre los hongos del carate. Siguiéronle más tarde los doctores Emiliano Henao y Gabriel Toro Villa. Este último fue el maestro de varios investigadores excelentes en esta rama, tales como César Uribe Piedrahíta y Alonso Restrepo.

Uribe Piedrahíta, nacido en Medellín se educó en nuestra Universidad y se graduó de médico con una tesis muy importante sobre Geografía médica en la región del Chocó. Más tarde se fue a la Universidad de Harvard a hacer estudios complementarios. En esta última Universidad adelantó trabajos que le conquistaron puestos honoríficos. Dedicóse especialmente a investigaciones de laboratorio en medicina tropical, y sus trabajos fueron publicados en **The Journal of Parasitology**. Posteriormente se le encargó de la Dirección del Hospital Sum de Venezuela y ahí, ora sólo o bien en colaboración con el doctor Bellard, hizo estudios del mayor interés sobre varios parásitos entre ellos sobre el **Rhodnius prolixus**, llamado **Pito** o **Chinche voladora** por nuestros campesinos, insecto que transmite el **Trypanosoma cruzi**, agente de la enfermedad conocida con el nombre de **Enfermedad de Chagas**. Descubrió varias **Cercarias**, organismos que sirven a menudo de huéspedes intermediarios en la transmisión de enfermedades. Más tarde estuvo al frente de la Universidad del Cauca y luego de profesor de parasitología de la Escuela Nacional de Medicina. Hombre de grande inteligencia, está dotado además, de múltiples dones y de raras energías. Es autor de la obra titulada **Toá**.

Alonso Restrepo, también de Medellín, nació en 1893 y se educó en nuestra Universidad, donde se doctoró de médico en 1917. Ejerció la profesión en Abejorral y Sonsón con gran éxito y se distinguió desde temprano por su espíritu investigador y laborioso. Establecido en Medellín, fue encargado de la cátedra de parasitología y en ella formó excelentes discípulos tales como Alfredo Correa Henao y Alfonso Jaramillo Arango, ambos llamados a colaborar con la Comisión Rockefeller.

Restrepo fue nombrado más tarde decano de la Escuela de Medicina y estuvo varios años al frente de nuestra facultad. Se distinguió por sus múltiples actividades; por una verdadera vocación científica y por su honradez en todos los campos. Descendiente de aquel catón antioqueño que se llamó José de la Cruz Restrepo, su carácter no transigió con lo que tuviera el menor asomo de injusticia y así le vi-

mos combatir desenfadadamente todo lo que no se cumpliera dentro o filosófica.

Nacido en Salamina y educado en su tierra nativa, en Medellín y Bogotá, el doctor Eduardo Isaza Llano, se graduó de médico en esta última ciudad en 1913. Fue al principio profesor de zoología de la Escuela de Medicina y más tarde encargado de la cátedra de parasitología en la que se distinguió por su enseñanza práctica y en donde formó discípulos muy aprovechados, tales como Jesús Peláez Botero y otros.

El doctor Jesús Peláez Botero, nacido en Rionegro, se graduó en nuestra escuela en 1930 con una tesis titulada **“Veinticuatro mil reacciones de Kahn frente a la clínica y al Wassermann”**. Dicha tesis fue laureada por la universidad y ha sido considerada por el profesor Kahn, autor de la reacción, como el mejor trabajo científico sobre la materia. Peláez Botero es ante todo un hombre de laboratorio y con este carácter ha estado al frente del Laboratorio Departamental y del de fisiología de la facultad por varios años. Es profesor de química biológica y de su espíritu investigador hay razón para esperar nuevos estudios que honrarán la medicina nacional, como lo han sido los que ya ha dado a conocer.

En la Facultad Nacional de Agronomía, varios profesores han venido hace algunos años dedicados a la enseñanza silenciosa y discreta de las ciencias biológicas. Entre ellos se han distinguido Francisco Luis Gallego y Ramón Mejía Franco. Gallego nació en Donmatías en 1896 y se graduó de ingeniero agrónomo y veterinario en 1922 con una tesis sobre **Piroplasmosis en las varias especies de animales**. Durante algún tiempo estuvo encargado de la clínica veterinaria de Fondidueño y más tarde de la dirección de la Escuela de Agronomía, en donde enseñó zoología, materia que también enseñó en la Facultad de Medicina junto con botánica. Es profesor de entomología y en desempeño de esta cátedra realizó una de las tareas más útiles a la agronomía, cual es la recolección y clasificación de los numerosos insectos y demás animales que atacan a las plantas. El estudio de la biología de todos estos **predadores** o ladrones de las condiciones vitales de las plantas útiles al hombre, constituye una de las tareas más dignas de encomio y Gallego la ha practicado poco a poco, sin ruido y con grandes dificultades. Actualmente se halla empeñado en el estudio de los enemigos de la caña de azúcar, del maíz y la yuca.

Mejía Franco, en el ramo de la fitopatología ha prestado a la enseñanza y al país servicios invaluable. Con razón la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Químicas y Naturales le brindó con el honroso puesto de miembro correspondiente.

Mas no debo abusar de vuestra atención y es forzoso dar fin a esta cansada conferencia. Permittedme, sin embargo, antes de concluir, que os invite a estudiar con más atención y cuidado el medio que nos ha tocado en suerte; él ha de ser medicina y alimento para nuestro espíritu tanto como para nuestro cuerpo. Que la tierra, con sus sedativos influjos, corrija los errores de una educación tradicional que nos ha alejado de ella, y nos ponga en contacto con los hombres y las cosas.

El hábito de vivir en presencia de estas invitaciones de la naturaleza producirá admirables efectos; él hará que nos esforcemos por descubrir las virtudes medicinales, industriales y de todo orden, de nuestras plantas y animales, y que se despierte en nosotros el deseo y el goce de conocer, tan admirablemente exaltado por Termier en estas bellas palabras: "La alegría de comprobar fenómenos hasta ese día inadvertidos, o de hallar relaciones nuevas entre hechos que parecían sin relación y que en adelante relacionadas se explicarán entre sí; la alegría de adivinar y editar alguna ley natural que, permitiendo prever nuevos fenómenos aún, abre repentinamente a las investigaciones un dominio virgen, de apariencia ilimitada; el goce de encender una llama en el oscuro calabozo, un astro en el cielo negro, un faro en las riberas del mar tenebroso y de alejar la noche que nos rodea; el goce de agregar una verdad, una parte cualquiera por ínfima que sea, de la eterna Verdad al tesoro laboriosamente formado, durante siglos, por el pensamiento humano; el goce de conocer!... Las Academias, cierto, tienen razón en instituir premios, en prometer recompensas para estimular las investigaciones. Pero qué premio puede compararse con la alegría del descubrimiento, y qué recompensa no parecerá miserable al lado de aquella que otorga la verdad misma al investigador que la ha descubierto? Yo seré tu recompensa, y ella será muy grande para tu pobre corazón, dice la Sabiduría divina: **Ego ero merces tua magna nimis.** La alegría de conocer aparece a veces de tal manera abrumadora, que se tiene miedo de morir de ella como de la visión misma de Dios".